

Augusto Iglesias

## El Goethe de mi otoño

(continuación)



OS numerosos testimonios de los contemporáneos del autor de *Fausto*—de los cuales el psiquiatra hispano cita algunos por orden cronológico—son contradictorios. En 1773, *Schoenborn* escribe: «Es un muchacho flaco, pálido, de nariz encorvada, cara larga, ojos negros de tamaño mediano y pelo negro.»

*Schiller*, en 1788, lo esboza con más amplitud: «Es de estatura mediana, de aspecto rígido, incluso en la marcha; su fisonomía es hermética, pero sus ojos muy vivos, muy expresivos, y su mirada cautivadora. A pesar de su seriedad, su expresión es muy benévola y bondadosa. Es morenucho y representa más edad de la que, según mis cálculos, tiene. Su voz es sumamente agradable».

*David Veit*, en marzo de 1793, lo detalla: «Es de estatura más que mediana, grueso, ancho de hombros, proporcionado... La frente es extraordinariamente hermosa, la más hermosa de las que he visto; las cejas, morenas, dirigidas hacia abajo, *menos acusada-*

mente que el retrato de Lips. En sus ojos hay mucho espíritu, pero no el fuego aniquilador de que tanto se ha hablado. Bajo los ojos tiene ya arrugas y bolsas bastantes considerables; representa muy bien la edad de cuarenta y cuatro a cuarenta y cinco años... La nariz es una nariz típica de halcón, excepto la parte media de su curva, que se borra suavemente... La boca es muy hermosa, pequeña, de gran flexibilidad; solamente le afean, cuando ríe, sus dientes amarillos, extraordinariamente torcidos... La cara llena, de mejillas bastantes caídas... El color muy moreno, varonil, y el de los cabellos, algo más claro...».

Cerca de los cincuenta años empieza a engordar. Se produce—comenta *Sacristán*—el fenómeno conocido con el nombre de «cambio de dominancia».

Por esa época (febrero de 1796) *Carlota von Stein* le escribe a su hijo Federico: «Goethe está espantosamente gordo (*ensetzlich*); tiene los brazos muy cortos, y lleva siempre las manos metidas en los bolsillos del pantalón...».

Y dos años más tarde: «Veo a Goethe muy de tarde en tarde y, cuando lo encuentro, me espanta su gordura, cada vez mayor».

Sin embargo, pasados dos lustros de esta última fecha, en 1809, el conde *Baudissin* no titubea en expresar: «Juro que nunca he visto un hombre más hermoso a los sesenta años. La frente, la nariz y los ojos son de Júpiter Olímpico... Ha perdido su anterior corpulencia. No he visto mano tan hermosa como la suya...».

Aun diez años después, *Gruener* lo describe así: «Goethe es de elevada estatura, de robusto cuerpo, moreno, casi sin canas, de frente abovedada, de mirada juvenil y ardiente; la cara de color blanco y rojizo.

Sus rasgos son acusados, la barbilla saliente, el cuello carnosos». El mismo año, *Carus* descubre que «el arco senil empieza a formarse en la córnea de ambos ojos, pero sin apagar su fuego».

Tres años antes de su muerte, un inglés que ha ido a visitarle se expresa así: «Hace veintisiete años describí a Goethe como sigue: —Es un hombre de edad, de aspecto digno, majestuoso, de mirada penetrante e insostenible—*the eye like Jove to threaten or comand*—nariz aguileña, labios muy expresivos...; sus movimientos son fáciles, y su modo de ser cautivador... Ahora, en cambio, la mirada es la misma; pero las cejas más finas, las mejillas surcadas de arrugas... La actitud erguida, distinguida, de antaño ha cedido su lugar a una cierta inclinación del cuerpo hacia adelante».

¿Por qué estas diferencias tipológicas en las copias y descripciones que de él hacen?

Su diversidad—opina *Sacristán*—especialmente los retratos de su adolescencia y juventud «no permiten formar un juicio exacto acerca de su estructura corporal, en cambio conceden mayor seguridad los de Goethe anciano».

*Moebius* intenta dar la explicación. «No es ciertamente toda la culpa—dice—de los artistas de la época. La causa radica quizás en el mismo Goethe, el cual como todo el que está sujeto a un ritmo periódico en su vida, cambia frecuentemente de aspecto».

Aquí la opinión de uno y otro—es decir de *Moebius* y *Sacristán*—está circunscrita sólo a Goethe. Pero es el caso, que desde luego glosó al margen, que eso ocurre con la mayoría de los retratos, de quienes quiera que sean, con un término medio abrumador.

Yo mismo, hace largos años, hablando de Bolívar

hice en una página volandera la pertinente observación, observación que más tarde recogería en el extenso ensayo biográfico que escribí sobre el Libertador (\*). No pueden señalarse, pues, ni esa característica de «variaciones extremas» que impone el *diverso punto de vista* con que pintores distintos miran al mismo personaje que tienen delante en actitud de «posar», ni las disimilitudes agudísimas propias de las diferencias de temperamento con que unos literatos o unos observadores psicológicos abocetan a un genotipo en estudio, no pueden señalarse, repito, ni esas características ni estas disimilitudes, como hechos de excepción para el caso Goethe.

Tal fenómeno pierde aquí toda fuerza particularizadora en virtud, precisamente, de su generalidad.

Se pregunta de nuevo el expositor:

¿Qué propiedades caracterológicas y temperamentales definen la personalidad de Goethe?

Responde: —«Para Moebius, Goethe se afirmaba en la vida enérgicamente; desconocía la muerte, podría decirse, a pesar del *tedium vitae* de su juventud. Una de sus propiedades maravillosas era, precisamente, su ánimo vital. Gran comedor pero no *gourmet*. Buen bebedor. Con frecuencia solía embriagarse ligeramente. Del café y del té no hacía gran aprecio. Detestaba el tabaco».

Nada, como se ve, de extraordinario como *zoon antropinos*, como tipo humano al margen de la literatura.

Muy normal, también, en sus relaciones amorosas,

---

(\*) *Bolívar, el hombre del destino*.—Edit. Orbe, Santiago de Chile, 1941. Esta otra está dividida en tres volúmenes, de las cuales ha salido a luz sólo el primero de ellos.

de las cuales, en capítulo aparte hablaré en la tercera de estas lecturas; pero Sacristán agrega al propio comentario de *Moebius*: «Quizás, para Goethe, fué una válvula de la sensualidad su chocante predilección por las expresiones groseras e incluso sucias. Por el contrario, el instinto sexual era extraordinariamente intenso. Goethe no podía vivir sin mujeres».

Sobre esta afirmación del médico alemán habría mucho paño que cortar; pero he dicho que me referiré al aspecto amoroso de la vida de Goethe, en la tercera de estas lecturas.

¿Era Goethe valiente? Según *Moebius*, valiente en el sentido de pendenciero, muy poco. Era más bien pacífico, conciliador.

No gustaba de los chistes ni le placía hacerlos. «Los humoristas—decía—no tienen conciencia».

Dato mal estudiado por *Moebius* y repetido, sin reservas, por *Sacristán*. No importa que Goethe haya dicho la frase anterior en contra de los humoristas; cuando la formuló no dijo la verdad. Basta leer sus obras, para adivinar las tremendas reservas de ironía y *sense of humour* que guardaba en su espíritu. Lo que un hombre dice de sí mismo, como autojuicio, para que éste tenga valor en el sentido que ese hombre trató de darle, tiene que guardar relación con su «tempo» de vida y con sus obras. Si no existe esa relación, el autojuicio es falso y ese hombre o cayó en engaño al engañarnos o, lo que es común, quiso, conscientemente, burlarse de nosotros.

Poco amigo de las matemáticas. «Nadie se espanta tanto de los números como yo»—escribía Goethe a Zelter.

«Su sentido musical—continúa el ensayista—no era sobresaliente. Le gustaba la música y se ocupaba

mucho de ella; pero superficialmente. No era un melómano. El mismo, en diversas ocasiones, ha reconocido su incapacidad para juzgar la música».

Exacto: no era un melómano, esto es un *maniático* ansioso de llenarse el oído de ruidos musicales; pero sí un *melófilo*, es decir un amante de la música. De haber sido lo primero, habría lindado en las fronteras de la locura; mas, como la *melofilia* es todo lo contrario de una manía, ella, esta vez, se enraíza en terreno amigo al prender en su alma de artista.

Sábese que Goethe compuso, cantando, muchas de sus poesías, mientras marchaba por los caminos. Los que tienen el don de hacer versos, saben que la marcha y el campo facilitan a la imaginación creadora su ajuste al ritmo cadencioso de las estrofas. En los albores del milagro verbal, la Poesía nace adscrita a la música de la danza. Beethoven también gustaba componer sus poemas musicales, al tiempo de marchar. Hay algo de primitivo y dionisiaco en esta emoción del paisaje, cuando la voz humana y la alegría del paso acompasado, se quimifican en nuestro espíritu, en la síntesis de una canción o de un poema.

Goethe cantaba, y aunque su registro no era extraordinario, poseía una bella voz de bajo. Por eso el sentido musical nunca lo abandona. A través de *Wilhelm Meister*, el mismo nos lo confirma: «Hay veces—se confidencia allí en una andanza en que se encuentra con dos jóvenes cantarines—en que en mi fuero interno diríase que un genio me sopla algunas melodías, de modo que, al andar, me muevo a su compás y creo escuchar una suave música que viene a ser como el acompañamiento de una canción que de este

modo acusa su presencia en una u otra forma y siempre grata» (\*).

Claro que Goethe no era un profesional del arte de Euterpe; tampoco su vocación debió ser tanta que pudiera haberlo hecho olvidar sus profundas preocupaciones humanísticas. Tampoco fué un maestro en pintura, y, sin embargo, su amor por las artes plásticas tuvo en él resonancias diversas, de un íntimo y cálido interés. Las dejó porque su más intensa vocación no era esa, no por deficiencia de su sensibilidad para admirarlas... «yo no me conozco a mí mismo, y Dios me libraré de ello— le confesaba en abril de 1829 a Eckermann—pero lo que quiero decirle es que cuando estuve en Italia, a los cuarenta años, fuí bastante cuerdo para conocerme en el sentido de llegar a saber que no poseía disposición para las artes plásticas (\*\*) y de que mi inclinación hacia ellas era falsa». Sin embargo—según el mismo también nos lo dice—«no estaba del todo desprovisto de disposición, principalmente para el paisaje»; y tanto que el paisajista alemán Hackert—del cual Goethe escribió su biografía—expresábale a menudo: «Si se quedase Ud. conmigo año y medio, llegaría a hacer algo que le complaciese a Ud. y a otros».

En lo que se refiere a la «incapacidad» musical a que hace alusión, sobre los datos de *Moebius*, el psiquiatra hispano, debe entenderse que ella no fué de carácter sentimental, sino *técnico*. El hecho de que no haya comprendido a Beethoven en toda su grandeza

---

(\*) *Años de andanzas de Guillermo Meister*.—Libro III, capítulo 1.º.

(\*\*) Durante mucho tiempo, en los años de su juventud, Goethe tuvo la idea de que sería pintor.

(que es, posiblemente, lo que ha inducido a varios críticos a negarle su indudable melofilia), no es motivo para hacer la afirmación que comento. Grandes «virtuosos» de Alemania demoraron años en aceptar la categoría estelar del cíclope de las sinfonías; y más tarde, en igual maravilloso camino, Wagner hubo de luchar contra la impermeabilidad de multitud de compositores alemanes y extranjeros, sobre los cuales los conceptos de la nueva estética operística resbalaba como lluvia en el mármol. ¿Se podría negar a esos «profesionales» equivocados por este *embarras de choix* entre el espíritu de una época que declinaba y el de otra que nacía, su capacidad melofílica?

Los argumentos a favor del sentido musical de Goethe podrían multiplicarse; pero necesito tocar otro punto.

En lo que se refiere a la salud, ¿cómo debe considerarse a Goethe? ¿sano o enfermizo?

Consultemos su autobiografía.

De muchacho las viruelas lo atacaron con particular violencia. «Se me puso todo el cuerpo salpicado de pintas—refiere él mismo—y cubrióseme de ellas la cara. Pasé muchos días en cama, ciego y aquejado de grandes dolores». También le hicieron su víctima el sarampión y la difteria.

A los veinte años (julio de 1769): Vómito de sangre; seguramente una hemoptisis. «Estuve unos días entre la vida y la muerte». Llegada la convalecencia, una hinchazón en el lado izquierdo del cuello «en que hasta después de pasado el peligro no repararan». Hubo ideas opuestas: «querían primero sacarme aquella excrecencia, pero optaron después por dejarla madurar». Mas, como el tumorcillo hacía sufrir mucho, decidieron al fin por la extirpación.

Las penas, sin embargo, continúan: «una digestión alterada, y hasta podría decirse en determinados momentos suprimida, debía provocar síntomas tales que en medio de grandes angustias creía yo perder la vida, sin que me diera resultado alguno ningún medicamento».

El médico y cirujano que lo atiende—un Doctor Metz—buen hijo de su siglo, es muy dado a las ciencias ocultas y, en particular, a la alquimia. Entre otras maravillas de su laboratorio, es dueño de una sal, verdadero panacea de la que muchos hablan y nadie conoce. El joven, entretanto, moría... «En aquellos apuros extremos, obligó mi madre, atribulada, con la mayor vehemencia, al perplejo médico, a echar mano de su panacea; después de mucha resistencia, corrió el hombre a su casa en lo profundo de la noche y volvió con un botecito de sal seca cristalizada, que, diluída en agua, la ingerí, notándole un gusto marcadamente alcalino. No bien tomara la sal, declaróse el alivio, y desde aquel momento inicióse en la enfermedad rumbo que paulatinamente me condujo a la mejoría».

Después de estos achaques, y ya encontrándome bastante bien, «a su modo», se le ulcera la garganta «y especialmente lo que se llama la campanilla». Con tal percance inflamatorio no puede tragar nada, sino a costa de muchos dolores... «Atormentábanme con gárgaras y toques de pincel, sin sacarme por ello del apuro». Vino entonces a dar en cuenta que la faringitis se le había ocasionado respirando vapores de ácido nítrico al grabar una placa de cobre...

Al irse el invierno se van también los dolores físicos; pero... :

«En primavera sentí restablecida mi salud aunque

no así mi ánimo juvenil» A esta época Moebius la denomina del *tedium vitae*. «Siente repugnancia y asco a la vida. La idea del suicidio le atormenta».

Se pone llorón. «Antes del viaje a Roma—decía a Carolina Herder—lloraba diariamente como un chiquillo» (\*).

En 1780: *gripe*. En 1801: *fiebre infecciosa grave*. En 1805: *cólicos nefríticos*. En 1823: *pleuritis*. El lunes 10 de noviembre de ese año, Eckermann escribe en su diario: «Desde hace algunos días Goethe no se siente muy bien; parece que tiene un fuerte resfrío; tose mucho, aunque con tos no muy intensa; pero debe experimentar dolores, porque al toser se lleva la mano hacia el lado del corazón».

Una semana después, el enfermo se queja a su amigo y confidente: «Va pasando el invierno y no puedo hacer nada, no soy capaz de concentrarme; mi espíritu ha perdido la energía».

En realidad sus años, agravados por estos achaques, le han quitado «elan» a la sustancia dionisiaca que otrora—y muy en particular durante su viaje por Italia—hicieron de él un glorioso enamorado de la existencia. «Me han presentado siempre como un hombre extraordinariamente favorecido por la suerte—dice a Eckermann—. No quiero maldecir al destino; pero, en sustancia, mi vida no ha sido otra cosa que fatiga y trabajo. Puedo asegurarle que en los setenta

---

(\*) Comentando esta información, Sacristán anota: «*Moebius* no se explica esta tendencia de Goethe, común a muchos de sus contemporáneos y que no podía depender exclusivamente de la moda. En mi sentir el elemento sintónico, evidente en Goethe, es el culpable de sus llantos».

y cinco años que llevo en el mundo (\*) no habré gozado cuatro semanas de lo que propiamente podría llamarse dicha. Mi existencia ha sido el constante rodar de una piedra que quería siempre volver a erigirse».

Sí; pero el espíritu lo sostiene, y lo sostendrá hasta el fin, cuando ya el cuerpo fatigado pugna por abandonarlo. «Es increíble—le expresa a su confidente en otra oportunidad—como el espíritu puede sostener al cuerpo. Con frecuencia sufro alteraciones intestinales; sólo la voluntad del espíritu y las fuerzas de la parte superior me mantienen en movimiento. ¡El espíritu no debe ceder nunca al cuerpo!»

Es la piedra «que rueda», pero que siempre «vuelve a erigirse»...

En 1829 padece una conjuntivitis; no puede leer. En 1830 una nueva hemoptisis. El 15 de marzo de 1832: *enfriamiento*. Su doctor, Carlos Vogel, diagnostica «fiebre catarral». De 19 al 20 del mismo mes: ataque de angina de pecho.

Marzo 22; doce y media del día: muerte de Goethe.

\* \* \*

Todos estos datos, seguidos en el orden y, en mayor parte de ellos, a la letra, de como los cita el Dr. Sacristán, tienen el detallismo, nunca nimio, a que induce la intimidad de un hombre ilustre; sin embargo, a mi entender, no aclaran ni media pulgada el oscuro camino de la herencia psicológica, que el ensayista quiso sin duda iluminar.

---

(\*) Esta conversación es del 27 de enero de 1824.

Se trata de hipótesis; lo dice él y lo subraya, honradamente, el comentarista. Pero son hipótesis que no dan luz ni permiten asirnos a ninguna tabla que nos den posibilidades de mantenernos a flote en ese mar de olas amenazadoras que son las estadísticas, sobre todo cuando se aplican, así en el caso de la herencia superior, al juego apenas micrométrico del mundo de los cromosomas, el cual está muy lejos de habernos dicho su última palabra sobre la influencia de las taras protoplasmáticas en la capacidad de los genios.

*Kretschmer*, de cuyas doctrinas el Dr. Sacristán ha sido uno de los divulgadores en España, admite que el genio es un producto bastardo—en el sentido mendeliano—consecuencia del cruzamiento previo de diversas capacidades psíquicas aisladas, es decir de talentos (\*). «Es, pues, según esta hipótesis—comenta Sacristán—una mezcla discordante de genes, de disposiciones, un cruce de productos biológicos: temperamentos, razas e incluso condiciones sociales, como en el caso de *Bismarck*, citado por *Kretschmer*».

Esa «mezcla discordante» que es, en esencia, el hecho mismo que se estudia, no puede menos de impresionar al estudioso que comprende que se está asomando al borde de un abismo donde las relaciones de causa a efecto no sólo no pueden seguirse con el mínimum de rigurosidad que debe adoptar cualquiera experiencia científica, sino que, sencillamente, no hay posibilidad actual de seguirlas.

¿Qué papel—se pregunta entonces—juega el elemento psicopatológico en el problema?

La respuesta la busca en la misma hipótesis de *Kretschmer*:

---

(\*) E. *Kretschmer*: *Geniale Menschen*, Berlín, 1929,

«La salud psíquica es, efectivamente, una gracia, una ventura; pero, en modo alguno un beneficio. El hombre equilibrado es *el que se siente bien*, el filisteo, el buen burgués; pero la tranquilidad y el bienestar no fueron jamás estímulo para grandes hazañas. El guerrero, el santo, el poeta, el revolucionario, no fueron hombres *equilibrados*. La curva de su vida no transcurre suavemente, sino que traza una línea desigual.

«¿Debe concluirse con *Lombroso*, por este motivo, sin más, que genio es locura? Tal afirmación sería absurda. *Kretschmer* considera el genio como una variante biológica extrema, la débil estabilidad de su estructura, la tendencia a la desintegración y la enorme dificultad de su continuación hereditaria para conseguir el tipo medio de una especie. Nada de extraño tiene que el genio, como variante biológica extrema de la especie humana, adolezca de una gran labilidad y quebradiza sensibilidad de su psique y, muy especialmente, de una considerable predisposición a sufrir neurosis, psicopatías o psicosis. *Nos hallamos*—advierte con sutileza—ante una oposición franca entre el juicio sociológico y el biológico. De un lado es lícito situar al genio como el ideal de la especie humana; pero el destino trágico de las familias de los hombres geniales, no nos permite aunar ambos puntos de vista. El genio—según una frase de *Kretschmer* muy comentada—se origina precisamente en el momento en que en una familia altamente dotada se inicia la degeneración. *El hecho empírico es innegable*. Hay, pues, una correlación biológica evidente entre el genio y el accidente psicopático degenerativo. Pretender que el problema queda así resuelto biológicamente es ingenuo. Cuestión tan compleja sólo se

nos da parcialmente iluminada por una de sus caras. El mismo Kretschmer así lo reconoce.

«Aun admitida esta correlación biológica, surge una nueva cuestión que el precipitado autor planea como sigue: ¿Es el genio, genio, a pesar de sus componentes psicopatológicos o, precisamente, merced a éstos?

«Líneas atrás quedó indicado que en el momento en que surgen en una familia de dotes superiores elementos degenerativos, el genio nace. No basta, por tanto, que en la familia se dé el elemento de superioridad, sino que es indispensable para que el genio se produzca, de otro elemento, que *Kretschmer* llama «*daimonion*», el cual guarda con el elemento psicopático íntimas relaciones de semejanza. El elemento psicopatológico no es un accidente biológico inevitable, sino parte integrante y sustantiva del genio, fermento indispensable para su producción: *Quand la nature forma Rousseau—decía madame de Crequi—la sagesse pétrit la pate, mais la folie y jeta son levain.*

«Sería pueril pensar que la psicopatía lleva implícita la genialidad. Ser psicópata no es, en modo alguno, ser genio. Sabido es que hay psicópatas geniales y psicópatas estúpidos. En los últimos existe—según la hipótesis de *Kretschmer*—el fermento, el *daimonion*; pero falta la otra mitad, la mitad sana de que el genio está dotado. El fermento queda inactivo.

«La personalidad de *Goethe* es un ejemplo preciso de lo antedicho que confirma la hipótesis de *Kretschmer*. En él se dan ambos factores. De un lado, el componente psicopático—el fermento—y del otro, la sana estructura de su personalidad total».

He transcrito en extenso la opinión del Dr. *Sacristán* frente al problema del genio en lo que dice relación

con las doctrinas de *Kretschmer*, para darle la destacada parte que merece su honradez profesional y filosófica. Ya sabíamos por Goethe que cuando se piensa en la deuda con nuestros antepasados poco nos queda de saldo. «De mi padre—decía él—recibí la elevada estatura y la seriedad para conducirme en la vida; de mi madrecita el buen humor y la alegría de narrar. Mi abuelo moríase por las bellas, inclinación que, en cierto modo, parece que me transmitió... Mi abuela adoraba los adornos de oro; también conozco ese calofrío... Entonces, si los elementos no se pueden separar de su compuesto ¿qué restará, al fin, de propio en esos personajes a quien se llama originales?». ».

Ahora comprendemos que ese oscuro enigma de los factores psicológicos transmisibles—factores que se trata de otear en ese horizonte, apenas vislumbrado, en el cual los *genes* se eslabonan con la eternidad—no admite sino hipótesis. Por otra parte, en el ensayo del Dr. Sacristán que he venido citando, él se adelanta a decir que en su trabajo sólo se atuvo «a la descripción de la figura biopsicológica de Goethe» sin entrar, se comprende por sus anteriores palabras, en una franca defensa de las doctrinas que en gran medida sirven de base a su «descripción».

Naturalmente esa actitud de su honrado juicio no ha de impedir que yo me atenga a su esquema biopsicológico como si éste tuviera en verdad el contenido pragmático y positivo que él no quiso darle; pero esto sólo en la parte del esquema no construido con elementos del carácter goetheano, sino con los rasgos que la Comunidad humana—en su determinante de fuerza dinámica formativa, plasmadora e inspiradora de las voluntades individuales—le impone, en ciertos

momentos de la Historia, a un individuo de su especie, sin discriminar ni en qué raza, ni en qué latitud se produzca su aparición.

Me concretaré al punto que critico.

Para *Kretschmer*, «el guerrero, el santo, el poeta, el revolucionario, no son *equilibrados*».

En el ejemplo propuesto, para darle a las calidades de que se trata una significación de acuerdo con el símbolo que les corresponde en el ordenamiento social, hay que aparear, separándolos, al *guerrero* y al *revolucionario*, del *santo* y el *poeta*. «Guerrero» y «revolucionario» son, como quien dice, primos hermanos; por igual modo lo son, también, «poeta» y «santo», ya que ambos, en algunos minutos deleitosos, logran extraviarse por las sendas del éxtasis... Pero es el hecho que mientras en la *Santidad* y la *Poesía* juegan elementos psicológicos que no hay dificultad en llamar «aristocráticos» o de «élites», tomado en cuenta el fino contenido espiritual de estos dos términos; en el sentimiento guerrero y revolucionario—que es el que engendra al *soldado* y al *rebelde*—bullen, a la inversa, todas las instintividades que los psicoanalistas sitúan en el «Ello», el cual, en otras palabras, es el «substratus» de nuestra baja animalidad y de múltiples sedimentaciones ancestrales.

Posiblemente *Atila* fué un «grande hombre» de acuerdo con el ajuste «kretschmeriano», no muy distinto por otra parte de las ideas evemeristas que los hunos tuvieron de él, ya que ese Caudillo bárbaro cumplió a maravillas en un lapso de la Historia, la misión casi milagrosa que su Comunidad le impuso. Pero la distancia que hay entre *Atila* y el *Mahatma Gandhi*, o entre *Sidharte Gautama* y *Genkis Khan*, es la misma que existe entre el espíritu y el instinto;

entre las fuerzas ciegas de la Naturaleza y la celeste claridad del amor.

Los escépticos se preguntarán: —¿Y qué cosa es el espíritu?

A ellos les contesta Goethe desde la *Elegía* llamada *de Marienbad*: «De lo más puro de nuestra alma surge y vibra el ansia de entregarnos libremente a un algo desconocido de superior elevación y pureza, que nos explique el enigma del Eterno Innombrado. He aquí el trance que llamamos piedad».

Es este «trance» de *piedad* el que conduce a los dominios de la experiencia mística; sin él no se puede comprender el Espíritu.

Basta una dosis tóxica de cualquiera bebida embriagante, un fuerte estímulo al celo sexual o al interés económico, para que un hombre tranquilo se convierta en una fiera heroica. Basta un sacudimiento psicológico en las fuerzas que mantienen el equilibrio del orden interno de un país o de la paz internacionales, para que los hombres se precipiten a la muerte dejando tras de ellos un montón de escombros. Pero, es bien difícil, si no es por los elevados, por los ascéticos caminos de la vida interior, alejarse del señuelo de las pasiones y preferir el triunfo del espíritu a las bizarrías épicas de la bestia.

Cualquier hombre puede cargar un fusil y lanzarse, con las mandíbulas apretadas, sobre una trinchera enemiga para matar o para que lo maten. Es la lucha por la vida, *the struggle for life* darwiniana—repelida por unos, multiformemente interpretada por otros, constreñida a sólo «un aspecto» de un largo proceso, por los más autorizados biólogos de hoy—y que ya la tomemos por «ley» o por una observación «imperfecta» es dura prueba, en todo caso, cuando se mani-

fiesta. La podemos ver en su tenebroso, terrible aspecto, con sólo abrir los ojos y mirar el panorama del mundo. . . Harto más difícil nos será contemplar que hombres voluntariosos se sacrifiquen por servir a la grandeza de la especie, trabajando en sentido opuesto al de la biología de la guerra. El mundo ha visto ya varias veces ejércitos con millones de soldados; pero, aun no ha tenido la experiencia de ver ejércitos con millones de «santos» luchando contra el dolor y las miserias que llevan a la muerte.

Aquí está el *quid* de la cuestión. Para *Kretschmer* o para *Moebius* (cada uno, por cierto, dentro del círculo de sus particulares doctrinas) las «anomalías» del sistema nervioso de un Héroe en el sentido emersoniano, les importa sólo como psicopatología o biopsicología en su relación con los factores hereditarios. Miran el pretérito, no lo que ocurrió después, en el «futuro» del Héroe ya realizado en esa integridad total—alma, psiquis, cuerpo—con que el hombre superior se entrega en un momento histórico dado a la acción de su destino providente o agresivo. Es raro que ambos soslayan el conductismo de la anormalidad individual que los atrajo y no se detengan a considerar el «efecto» del fin alcanzado, hacia el cual se encaminó el esfuerzo del Héroe. La misión de esta Psicología es buscar hacia atrás las huellas del genio o talento; inquirir en el pasado remoto de su estirpe lo que cunde bajo la apariencia de las efigies, sin amedrentarse por los obstáculos irreductibles que ese trabajo representa, describir, en la medida en que los cuadros estadísticos lo permitan, los saltos y sorpresas biológicas de los *genes*; determinar, por último, las causas profundas de su destino; verbigracia, por qué el psi-

cópata genial, es psicópata y es genio... o por qué fué *místico* en este caso y *guerrero* en ese otro...

El plan antedicho, considerado como aporte cultural, es respetable, pero incompleto. El Universo tiene un orden manifiesto, una correlación, sensible a la mirada intuitiva, de continente y contenido impulsada por una causa suprema: la fuerza inmanente, arquitectónica, que Platón resume en el *demiurgo*, consubstancial a las formas en que esa fuerza fué cantada por los poetas arios en los albores de la filosofía. Para la física molecular, para el mundo de los átomos y movimientos de átomos y los laboratorios en que esos microcosmos se desintegran, es posible que, a la postre, la substancia no llegue a significar nada y que todo se reduzca a un guarismo matemático que simbolice esa imprecisa negación. Pero si eso ocurre, no habrá terminado ahí, sin duda, la historia del Universo; la mente del *homo sapiens* atravesada desde hace milenios por las chispas del saber intuitivo, no querrá creer—si antes no ha ido descendiendo, catastróficamente, a los estrados de su primitiva animalidad—no querrá creer, repito, que esa Nada del guarismo matemático es el término absoluto del Cosmos y que el último de los hechos de la Materia desintegrada señalaría, también, la muerte del Espíritu.

Aquí el camino se bifurca y hay que elegir: o hacia la negación de los agnósticos o hacia la afirmación de los que repugnan la idea de una ceguera e inconsciencia universales.

Los que confían en la claridad del razonamiento intuitivo, muy semejantes, sea dicho de paso, a los que se entregan al conductismo de la experiencia mística, el «saber de salvación» de que habla Max Scheler, redimen a la arcilla corporal de su destino percedero

considerándola en su contenido inmanente al Ser. Mas, para inundarnos de lo Incognoscible y sentir su «numinosidad» (\*), precisaría integrar este «saber de salvación» con el «saber culto» y el «saber práctico», que son las otras dos formas del Saber en la nomenclatura de la filosofía scheleriana.

Nadie, en Occidente, sintetizó mejor que Marco Aurelio un tan alto programa de Vida. Dijo: «Todas las cosas del Universo deben considerarse cual si constituyeran una sola unidad con un solo cuerpo y una sola alma».

Ahora bien, para los que creen en la unidad del Ser, el espíritu de las formas tiene una sola manera de revelarse al mundo de la animalidad hominizada: la que determina la «incorporación de valores» en los predicamentos de la inteligencia racional. Todo el proceso biológico de los homínidos tiende a eso: separar la especie *Homo* de la inmanidad *naturalis causa* de las bestias; ofrecerle a esa desertora de la familia de los antropoides, por el desarrollo en el cerebro de unas cuantas circunvoluciones más y la duplicación del peso de la sustancia gris, el imperio de la Tierra.

¿Es ésta (la conquista material del mundo) la máxima superioridad, considerada la categoría de *sapiens*, que la especie *Homo* ha obtenido en el tiempo mensurable? (\*\*).

---

(\*) Lo incognoscible como «inspiración» (*numen*).

(\*\*) El «tiempo-medida» es el único tiempo *in re* para la inteligencia humana; «Tiempo-Eternidad» es sólo un concepto instrumental entre el *Ser* y el *No Ser*, dos hipótesis en que se debate la angustia y la expectación de nuestros sentidos —*instantiae crucis*— para explicar su permanencia o su extinción en el devenir. Por otra parte, como valoración metafísica pura, el

Si así fuera, la Historia Humana sería muy diferente y no habría ningún problema ontológico que preocupara la mente del hombre. Pero es lo contrario: mientras el proceso de las formas parece detenerse, el espíritu individual y el alma colectiva siguen enriqueciéndose con una acelerada incorporación de valores, de carácter *sui generis*, aparentemente dislocada de su continuidad con los aportes que en los otros estadios de la escala zoológica mueve el interés de individuos y grupos. Esta incorporación de valores disconexa del tipo bestial de cerebración, propia de los demás vertebrados, es la que se refiere, en sus más altas cimas, a las *ideas abstractas* en general; y, en particular, a la relación de éstas con las *ideas morales*.

Por este camino, transformóse en socialmente utilizable el aporte de la experiencia intuitiva, influída por un factor extraño, supranormal (lo «numinoso» según la acertada expresión de *Rodolfo Otto*) que gravitó—y sigue gravitando—en el ascenso intelectual de la especie por medio del «saber de santidad».

Esta brecha abierta en la escala zoológica, le da al hombre—con justa conciencia de la gloria de que es poseedor—su antiquísimo concepto antropocéntrico, concepto que lo enseñorea en el paraíso e infierno de su progenie que es el planeta nuestro. «El conocimiento de las cosas eternas y necesarias—escribe Leibnitz—nos distingue de los simples animales y nos pone en posesión de la razón y de las ciencias,

---

«tiempo-eternidad» es *intemporal*, no tiene «tempus», es decir, intervalos; se confunde, pues, con el Infinito y sólo admite relaciones conceptuales con el *Espacio* en el símbolo matemático «espacio-tiempo».

elevándonos al conocimiento de nosotros mismos y de Dios».

En tal afán de «ascender» estriba la mayor grandeza de este rebaño privilegiado, que, al igual de su padre Prometeo cuando éste le roba un ascua al Sol, logra apoderarse de una chispa de la Conciencia universal para alumbrar con ella los pies de la Esfinge, terca y muda deidad ocultadora del secreto de su origen. No ha claudicado aún en su búsqueda la estirpe del Titán. Esa es su misión divina. «El hombre debe aferrarse a la creencia de que lo incomprendible es comprensible—escribe Goethe—porque de otra manera no intentaría sondearlo».

Si se perdiera esta fe, podría decirse—con la inevitable imprecisión, claro está, de las palabras acuñadas por el criticismo metafísico—que «el plan divino», en el hombre, había *fracasado* y ya estaría escrita la época de su reemplazo. Tal es el criterio de Goethe, aunque no exento de sorna volteriana, en los años de su olímpica vejez. «Dure lo que dure la humanidad—pensaba—no le faltarán nunca obstáculos ni dificultades que le hagan desarrollar sus fuerzas. Llegará a ser más inteligente y a ver más claro; pero no será mejor, más feliz ni más enérgica, o sólo lo será en algunas épocas. Yo veo venir el tiempo en que Dios pierda sus simpatías por la humanidad y lo destruya todo para que sobrevenga una creación renovada. Estoy seguro de que todo esto está calculado y de que ya está fijado en el porvenir el tiempo y la hora en que aparecerá esta época de rejuvenecimiento. Pero tardará algún tiempo en llegar, y todavía pasarán algunas cosas agradables durante miles y miles de años en nuestra amada antigua tierra».

Los Héroes en el sentido emersoniano, son las fi-

guras que marcan los hitos en la ascensión continua, aunque irregular de la Inteligencia cósmica particularizada en el cerebro del Hombre. Puede que en este mecanismo el rodaje de la herencia obre regularmente sujetándose a las indicaciones estadísticas que hoy en día se establecen; puede que las alteraciones presumibles que aun no son controladas por las antedichas estadísticas, sólo sirvan para reafirmar con mayor energía ciertos postulados mecanicistas que en la biopsicología se apoyan; puede, por último, que el elemento psicopatológico juegue en el problema del genio un papel extraordinario y que, médicamente, un filántropo excelso y un caudillo militar glorioso sean, para el realismo de la genética, dos desequilibrados superiores. Ni estas consideraciones ni ninguna otra descartarían, sin embargo, la única posibilidad inalterable, enhiesta, dominadora: la posibilidad de que *todo eso*, con su cortejo de ruinas y excelsitudes, pertenezca a un plan supremo que incluya esas disposiciones de la materia viva como el Todo incluye a las partes y que tiende por multitud de medios, al parecer paradójicos y contradictorios, a la superación del hombre por el hombre, en oposición al *Homo homini lupus* de Plauto, canino pesimismo de considerar al hombre un lobo para el hombre. En ese caso, en el de la hipótesis, intuitivamente confirmada, de un plan supremo de ascenso hacia una atmósfera más pura en donde pueden respirar, con total desahogo, los más nobles ideales de la especie, en ese caso, repito, *no descartado positivamente por nadie*, el sadismo del guerrero se alejaría de la locura del filántropo en idéntica relación al de la espiritualidad—privilegio natural de la especie humana—cuando ésta, desgarrada en su íntima esencia por la ciega lucha de las mayorías,

busca la soledad para alejarse de los oscuros imperativos de la bestia.

*Krestchmer* y *Moebius* han creído que sus reflexiones causales, llevadas con cierta estadística, pueden explicar los secretos del nacimiento de un genio. Esta posición que a principios del siglo pudo ganar terreno en el plano teórico; hoy, en ese mismo plano, se torna cada vez más débil. La física de los *quanta*—señalan los especialistas en estas materias—ha destruído dos pilares de la vieja ciencia: la *causalidad* y el *determinismo*. Su cálculo de probabilidades en términos de estadística, la ha llevado al abandono de la idea clásica según la cual la naturaleza exhibe una inexorable secuencia de causa a efecto. «Admitido este margen de inconstancia—anotan ellos mismos—debe dejarse a un lado, en consideración al presente estado y velocidad de todo cuerpo materia en el universo, la antigua idea de que la ciencia pueda predecir la historia del universo para cualquier tiempo» (\*).

Explicando estas conclusiones sorprendentes de la física de los *quanta*—Lincoln Barnett, divulgador científico de primer orden en los Estados Unidos de Norteamérica, en una medular exposición de lo que es la estructura del Universo para la Ciencia de hoy

---

(\*) Los estudiosos no especializados en esta clase de problemas, pero que se interesen por ellos pueden consultar, entre otras—pues las hay en abundancia—la magnífica síntesis de Lincoln Barnett «*The Universe and Dr. Einstein*», William Sloane Associates, Pub. N. York, 1948; o también «*Einstein, hacedor de Universos*» de H. Gordon Garbedian. (De este último hay traducción castellana, Edit. Losada, S. A. Buenos Aires).

día—trabajo que prologa el propio Dr. Einstein—llega al siguiente razonamiento;

«Si los eventos de la física no pueden determinarse y su futuro no puede predecirse, entonces, quizás, la desconocida cantidad llamada «mente» pueda aún guiar el destino del hombre a través de las infinitas incertitudes del caprichoso Universo».

Anticipándose a esta irreductibilidad de los fenómenos de la Naturaleza que hoy confirma, dramáticamente, el más grande de los físicos contemporáneos, Goethe enseñó hace dos siglos: «En las obras de los hombres, así como en las de la naturaleza, es la finalidad la que merece atención».

Tratemos, pues, de considerar las acciones y reacciones humanas del Maestro de Weimar, de acuerdo con sus propias enseñanzas.

(continuará).